

EL CASTILLO DE SAN JOSE EN VALPARAISO REMATADO EL 19 DE ENERO DE 1825.

Por R.H.

Conviene representarse por un instante lo que significó en lo antiguo, en las tradiciones coloniales de Valparaíso, el famoso Castillo de San José, para comprender en toda su extensión el contraste del fin que tuvo el 19 de Enero de 1825, un siglo atrás, cuando sus terrenos y otros accesorios, salieron a remate público por disposición del Supremo Gobierno. Data de entonces, puede decirse, la iniciación del populoso y floreciente barrio del cerro de Cordillera, ya que el Castillo de San José ocupaba en sus términos casi todo el cerro. Hoy no quedan por ahí, otros recuerdos que las designaciones de Plazuela del Castillo y Plazuela Blanco. El Blanco era un divisadero de este color, suficientemente artillado: dentro del radio de sus fuegos debían anclar las naves, según disposiciones de las ordenanzas. En las inmediaciones del Blanco estaba también el campo de instrucción y de tiro de la guarnición de San José.

El hecho es que cuando se habían cumplido cerca de dos siglos y medio desde que el laborioso gobernador don José de Garro iniciara en Valparaíso la construcción de un castillo que llevaría su nombre - Castillo de San José - el Director Supremo, don Ramón Freire, expidió el siguiente decreto, promulgado aquí por bando, según costumbre:

"Santiago, Julio 31 de 1824.- Estando declarado por la Junat General de Guerra celebrada en Valparaíso, que el viejo Castillo de San José, no contribuye a la defensa de aquel puerto; y viendo que se ha destruído enteramente de un modo que haría costosísima e innecesaria su reedificación, y también que aquella población necesita extenderse el Gobierno ha acordado y decreta:

- 1.0- Todo el terreno que ocupa el antiguo Castillo de San José en Valparaíso, se tasará por peritos que nombrará el gobernador de aquel puerto.
- 2.0- Fijará carteles llamando postores para el remate de dichos terrenos, divididos en sitios cómodos, los que se enumerarán para evitar confusión.
- 3.0- Los dos primeros pregones se darán en aquel puerto, y se remitirán las posturas al Gobierno para hacer dar el tercero ante la Junta General de Almonedas.
- 4.0- Los pagos se harán mitad al contado y mitad al interés de seis por ciento;
- 5.0- El Ministro Secretario de Hacienda, queda encargado del cumplimiento de este decreto, que se imprimirá en el Boletín, y transcribirá a quienes corresponda.- Freire.- Diegro José Benavente".

El gobernador de Valparaíso don José Ignacio Zenteno, con la diligencia que le era característica, apresuró todos los trámites, a fin de que el remate se verificara, como ya lo dijimos, 1.º de Enero de 1825. Pero no es al acto mismo del remate a lo que nosotros deseamos referirnos, por más que ello también sería de interés, sobre todo como datos de la valorización del terreno al través de un siglo. Nuestro propósito principal es un recuerdo del Castillo hijuelado y rematado, que alcanzó a prolongar su existencia, bien que ruinosa, hasta en los primeros días de la organización republicana,

Las excursiones atrevidas y audaces de los piratas, llevaron a los gobernantes españoles a resguardar contra una agresión exterior al puerto de Valparaíso, que por su comercio era el más importante de todo el país. Se hizo primero una batería a flor de agua; pero durante el gobierno de don Juan Henríquez emprendióse la construcción de fortificaciones más sólidas y estables, que el virrey del Perú dotó de artillería, y que continuaron sus sucesores bajo la dirección de un ingeniero militar llamado Juan de Herrera.

Fue un suceso extraordinaria en la vida local de Valparaíso la llegada en 1671 de ocho cañones que mandaba el virrey del Perú conde de Lemos; pero la pobreza de por acá no permitía adelantar las obras de fortificaciones, sino muy debilmente.

"Habiendo tenido noticia que las ocho piezas de artillería que remitió el señor virrey conde de Lemos para el fuerte que se fabricaba en Valparaíso, estaban todavía sin encabalgarse ni hacer las cureñas - escribía poco más tarde el virrey conde de Castelar - le advirtió la omisión al señor presidente y gobernador de aquel reino, y remitiéndole cuenta botijas de pólvora fina, cien balas rasas de bronce vitola de a catorce libras y veinticuatro moldes

Copia textual, completa del original

// de hacer balas de mosquetes, arcabuces y carabinas, le ordenó se hicieran luego las cureñas y encabalgase las piezas, como lo ejecutó sin más dilación, y asimismo dispuse se acabase la fortificación de aquel puerto".

Aquel fuerte, colocado en una altura, dominaba la bahía por el lado sur y recibió el nombre de La Concepción, que conserva hasta ahora el cerro en que estuvo construído. En él se puso una guarnición especial que costaba doce mil pesos al año.

A don Juan Henríquez sucedió en 1682, don José de Garro, llamado el santo por su paciencia contra las adversidades y las calumnias; y una de sus primeras preocupaciones del nuevo gobernante vino a ser la mejora de la defensa de las costas contra las agresiones extranjeras.

"Luego que tomé posesión del Gobierno de este reino de Chile - escribe el mismo - me apliqué a reconocer sus defensas.... Fui a reconocer el puerto de Valparaíso que está treinta leguas de la ciudad, por donde se frecuenta el comercio de este Reino con el Perú, y como este puerto de tan estrecho sitio, fundado lo poblado que hay en él, que son algunas casas y bodegas, entre cerros y lomas que salen hasta la misma marina, no hay paraje en que poder fortificar, de suerte que esté defendido de invasiones formales y de consecuencias; y previendo las leves que puede acaecer de algún pirata, he informado lo que conviene al duque de la Palata, Virrey de estos reinos, y es lo más a propósito para que de no hacerse el reparo prevenido, y dejarse estar como ahora, no es dudable el riesgo a que está expuesta la artillería de bronce que hay en dicho puerto, que es digna de ocupar una plaza real, cuya pérdida sería muy sensible".



Vista pues, la insuficiencia de la batería de la Concepción, el gobernador don José de Garro, dispuso y delineó en Valparaíso la fortificación del Castillo de San José, cuya construcción tardó precisamente los diez años justos que duró la laboriosa administración de ese mandatario, o sea, de 1682 a 1692. El Castillo estuvo a punto de ensayarse cuando la invasión de 1686, que mandaban los capitanes Davis y Knight. El primer golpe de mano de esos aventureros, fué dirigido contra la ciudad de La Serena, que algunos de ellos habían visitado seis años antes, y donde esperaban proveerse de víveres y además recoger un botín de oro en polvo, que según se creía, era muy abundante en esa región. Pero los piratas fueron rechazados.

Aquel combate de escasa importancia, fué celebrado en todo el Reino como una victoria de las armas españolas; tan raros eran por entonces los triunfos que éstas alcanzaban en Europa y en América. El Presidente Garro, desde el primer aviso de haberse visto al enemigo en la costa de Coquimbo, se había trasladado a Valparaíso a disponer la defensa del puerto, convocando para ello las milicias de toda la región. Y cuando supo el triunfo obtenido con tanta facilidad, desde aquí dió orden de que se hiciesen fiestas públicas y de que se cantaran misas en acción de gracias para celebrarlo, porque ese triunfo, según decía, debía hacer revivir el espíritu marcial de las poblaciones, abatido y quebrantado después de muchos contrastes.

He aquí la curiosa carta del Presidente Garro en que comunicaba desde Valparaíso su llegada a este puerto, conjuntamente con la noticia del triunfo de que ya hablamos:

"Ilustres señores: Conseguí mi viaje con felicidad, llegando a este puerto ayer miércoles, después de la oración, y a las once de la noche me llegó correo de Coquimbo con la noticia que V.S. verá por la adjunta. Escribo al cabildo eclesiástico se diga una misa en hacimiento de gracias y estimará que V. S. la asista. Guarde Dios a V. S. S. muchos años. Valparaíso, Septiembre 19 de 1686. - Besa la mano de V. S. su servidor.- Don José de Garro".

A pesar de todo, ins... siempre los piratas un , el gobernador dispuso que las naves que hacían el comercio en estas costas, no salieran de los puertos fortificados mientras hubiera el menor peligro de que se encontraran con el enemigo. Estas precauciones que, como debe comprenderse, ocasionaban una gran perturbación industrial, fueron, sin embargo, causa de que los piratas no hicieran ninguna presa de valor en los mares de Chile.



En lo que hace a la descripción misma del célebre Castillo de San José, vamos a valer nos de un testimonio de la más alta importancia y autoridad. Nos referimos al ingeniero Frezier, que visitó nuestras costas desde Junio de 1712 //

/// hasta mediados de 1713. Frezier levantó planos hidrográficos, estudió las fortificaciones de Valdivia, Concepción y Valparaíso, lo mismo que el estado social, político y comercial de estos puertos y en seguida se trasladó a Santiago.

El buque de Frezier fondeó en Valparaíso el 5 de Septiembre de 1712. A la mañana siguiente, el capitán bajó a saludar al gobernador don Juan Velásquez de Cobarrubias, hombre de noble nacimiento- dice Frezier- el que por haber servido en Flandes atestiguaba mucho aprecio por los franceses".

Viene en seguida la descripción del Castillo de San José, y por cierto que Frezier era un técnico sumamente competente para juzgarlo, sin que hiciera misterio de algunas críticas ante el gobernador.

"El Fuerte que manda - dice Frezier - es de poca importancia, sea por estar mal construído, sea porque la rada que defiende está vecina de otras ensenadas que tienen las mismas comodidades que éste. Tal es la de Quintero, que está sin defensa y sólo a cinco leguas de Valparaíso; es verdad que ésta, como más cercana de la capital, es la más frecuentada de Chile y por esta razón se la ha querido poner a cubierto de los insultos de los ingleses y holandeses, que ha menudo han hecho correrías por estas costas. En otro tiempo no tenía más que una batería pequeña a flor de agua, pero de treinta años atrás, más o menos, se ha edificado una gran fortaleza al pie de la montaña. Está situada sobre una eminencia de altura mediana y cortada hacia el S. E. y N. O. por dos quebradas que forman dos fosos naturales de veinte a veinticinco toesas de profundidad, que desciende casi al nivel del mar; de ese modo está separada de las eminencias vecinas, que son un poco más altas.

"Del lado del mar es naturalmente escarpada y no se puede subir a ella sino con mucha dificultad y del lado de tierra o de alta montaña está defendida por un foso que atraviesa de una quebrada a otra y atrincherada así la muralla de la fortaleza que se aproxima un poco al cuadrado.

"La situación del terreno no ha permitido que se edifique una fortaleza regular, no son más que murallas atrincheradas que siguen el circuito de la meseta que poco se flanquean y a menudo absolutamente. En el medio de la falda que está encima del villorrio hay una obra de ángulos entrantes y salientes (estrella), de siete toesas de frente, con su garita.

"El lado opuesto que está encima de la quebrada de San Agustín no está defendido más que por el flanco de medio bastión, que forma un ángulo muerto y cuyo frente tiene una defensa demasida oblicua. El lado de la montaña está compuesto de una muralla rectilínea de veinte y seis toesas y de dos bastiones de veinte toesas de frente y once de flanco, de modo que la línea de defensa no tiene más que cuarenta y cinco toesas; toda esta parte está edificada de ladrillo, de veinte y cinco pies de altura sobre una lisera; la profundidad del foso es más o menos de diez pies, y su ancho de tres toesas, en los ángulos salientes, de donde saca su defensa para el ángulo de la espalda; está abierto en una roca que es un poco escarpada, en las dos extremidades, para hacerla inaccesible por las quebradas. Los parapetos no tienen más de dos y medio pies de espesor y el resto del circuito de la plaza no es sino de albañilería de sillería muy débil. No tienen defensa sino del lado de tierra, para tapara la fortaleza e impedir que sea vista de la montaña que se eleva en suave pendiente; pero, por desgracia, los flancos pueden ser atacados por la espalda. La cortina y los frentes coinciden con los fuegos que pueden hacerse de las eminencias vecinas a tiro de mosquetes de manera que muy fácilmente se les puede inutilizar. Al pie del fuerte, contiguo al villorrio, hay una batería de nueve piezas de cañón, colocados a trece pies de altura sobre un malecón de la misma altura, de donde se puede atacar el fondeadero a flor de agua; pero, además de que no tiene ninguna defensa, por su disposición, puede ser atacado de todos los alrededores, se le llama Castillo Blanco, porque se le ha blanqueado, a fin de que se vea de lejos. Detrás de esta batería, están la puerta, la escala y la rampa que conduce de la aldea a la fortaleza por un camino protegido por una muralla y más arriba por una galería, cuyo espaldón no tapa siquiera la puerta del cuerpo de la fortaleza, que se ve enteramente de la batería.

"Del lado de la montaña, en medio de la cortina, hay otra puerta donde por falta de un puente levadizo o fijo, hay que subir encaramándose por el foso; por allí es donde se hace pasar el canal que conduce el agua que se saca de la quebrada de San Agustín para la parte alta del Fuerte; pero se puede cortar fácilmente y la guarnición no podría conseguir otra que la del arroyo, que corre desde la quebrada de San Francisco, por el medio de la aldea. Así, puede verse cuán poco temible es la fortaleza de Valparaíso, una vez que se desembarque, lo que se puede hacer cuando el tiempo está bueno, en esta plaza//

// que está en el interior de la bahía, en el sitio llamado Almendral, donde la artillería no puede incomodar siquiera.

"En la batería baja hay nueve piezas de bronce de doce a diez y ocho libras, pero de España, de las cuales sólo dos pueden atacar a tropas de desembarco, tanto más cuanto está alejada cerca de media legua. En el fuerte alto hay cinco de diez a doce libras, y dos pequeños obuses, lo que suma diez y seis piezas de bronce. Diré de pasada que esta artillería fué colocada por los carpinteros de ribera, de Boifloret, capitán del buque "Le Clerc", en 1712, pero si el Gobernador hubiera quedado más reconocido que el Presidente de Santiago, del servicio prestado a los españoles, habría manifestado más rectitud de juicio en una ligera desavenencia comercial".

Tal fué el juicio que dió Frezier sobre el famoso Castillo de San José, cuyas condiciones de guerra nunca tuvieron ocasión de ensayarse, porque junto con levantarse sus almenas, desaparecieron los enemigos de España en el Pacífico. Si el conjunto del Castillo presentaba un aspecto imponente, en realidad su fuerza no era temible. Los españoles, siguiendo en su construcción el mismo método que en las fortificaciones de Valdivia, parece hubieran creído que una fortaleza solo se podía atacar de frente. Pero lo cierto es que, desembarcando en el Almendral y posesionado el enemigo de los cerros Alegre y Arrayán, hubiera podido fácilmente fusilar a toda la guarnición del fuerte alto y mucho mejor a los artilleros de la batería inferior. El agua de que se surtía el Castillo podía fácilmente cortarse, como se ha dicho, impidiendo también que se proveyese la guarnición de cercano arroyo de San Francisco.

A pesar de todo, puede decirse que Valparaíso, a fines del siglo XVII, era únicamente el Castillo de San José y su vasto recinto. La casa del Gobernador, la capilla militar, la cárcel, los cuarteles; todo estaba agrupado en aquel vasto sitio. En cuanto a la esplanada baja, que tenía una serie de cañones alineados, llamábase la Planchada, que es la actual calle de Serrano, importante barrio mercantil.



El Castillo de San José volvió a tener algún movimiento cuando la campaña de Lord Anson en el Pacífico, que produjo tantas perturbaciones en el comercio de estas colonias. El 24 de Febrero de 1743, llegaban a Valparaíso las tres naves que había podido salvar el almirante Pizarro. Aquí las esperaba también el Presidente de Chile, don José Antonio Manzo de Velazco, para proporcionarles las provisiones que necesitaban y favorecer en la medida de sus recursos las operaciones navales.

"Como el fin de nuestra escuadra en aquellos parajes - dicen dos de esos capitanes- era el hacer el curso todo el tiempo que pareciese necesario, no fué mucho el que nos mantuvimos en Valparaíso; y si, embarcándose el comandante (Pizarro), y reconocidas por varias ocasiones las islas de Juan Fernández hasta el 24 de Junio de aquel año de 1743, se continuo desde ellas el viaje al puerto del Callao, en donde entramos el 6 de Julio. En el siguiente día se desembarcó nuestro comandante con los oficiales, habiéndolo salido a recibir desde Lima el general de las armas del Perú y Gobernador del Callao. Este lo acompañó desde allí a la ciudad, cuyo virrey tuvo gran complacencia en su llegada después del largo tiempo que lo esperaba, y toda la ciudad manifestó la suya en salir a recibirlo con la mayor urbanidad."

Es de felicitarse que al Lord Anson no se le ocurriese hacer ninguna embestida en Valparaíso, pues la situación del Castillo de San José continuaba siendo más de aparato que de otra cosa. Y siguió así, sin variaciones. En 1762 existía en el Castillo de San José el mismo número de piezas que se anotaron en una inspección ocular de 1730, con la sola diferencia de que en el Castillo alto se habían substituído las viejas carronadas de fierro por las de bronce, enviadas por el virrey de Lima. En el castillo bajo o la Planchada se contaban exactamente los cañones de su fundación, que eran ocho, sin más cambio que el de sus cureñas destrozadas, sus plataformas hendidas y todos sus resortes y accesorios roídos por la intemperie. Dos años antes, el 1º de Julio de 1760, el Gobernador La Espada, condolido del aspecto de su Castillo, había solicitado del Presidente Amat, los fondos necesarios para reparar los tejados de las galerías, la sala de armas, la casa de pólvora, el cuerpo de guardia y su propia habitación, es decir, la fortaleza toda, que con los temporales del invierno ya avanzado, era sólo una gotera.

En cuanto a los repuestos militares acoplados en la sala de armas del castillo, para la defensa de la plaza, componíanse únicamente, de treinta //

// fusiles corrientes que servían para las guardias y custodia de los forzados del presidio; 62 arcabuces viejos; 20 mosquetes del tiempo de la conquista; 42 escopetas; 6 fusiles holandeses inútiles y 20 más que, por estar ya inservibles, había rechazado la guarnición de Juan Fernández. El resto de los pertrechos se componía de 450 balas de cañón de bronce o de fierro y 4.572 tiros de fusil, sobrado número para los que los últimos se hallaban corrientes.

En el castillo viejo, como se llamaba al de San Antonio, existían a la sazón, cuatro cañones inservibles, con treinta y una balas, al paso que de los que habían coronado la altura del cerro de la Concepción, no quedaba sino la memoria.



Cuando la visita del Marqués, es decir, cuando la visita del Presidente don Ambrosio O'Higgins, las fortificaciones de Valparaíso estuvieron, una vez más, de actualidad, como se dice. O'Higgins llegó a este puerto el 12 de Abril de 1789, y una de sus primeras observaciones recayeron precisamente sobre las condiciones de defensa contra los ataques de enemigos exteriores.

"Este puerto - informaba don Ambrosio O'Higgins al Rey - aunque defendido por tres castillos, no podrá sostener por algún tiempo cualquier ataque, porque el de San José es de gran recinto y no hay tropa suficiente para guarecerlo en tiempo de guerra; el de la Concepción está situado en demasiada altura, que hace difícil el acierto de sus fuegos, y el de San Antonio es expuesto, por muy bajo, a ser arruinado por los navíos, y defectuoso por estar dominado con bastante inmediación de una altura fácil de ganarse por los enemigos, a más de otros defectos que tienen todos en sus murallas, troneras y demás obras, faltos de buena artillería, cureñas y precisos útiles, y del número de tropa correspondiente a una compañía de sesenta artilleros, cinco compañías de milicias urbanas y un escuadrón de caballería, en cuyos cuerpos no debe nunca confiarse, por carecer de la instrucción necesaria para un caso imprevisto".

O'Higgins creía indispensable la construcción de otras baterías y de un reducto colocado en la altura, para defender por la espalda el castillo de San Antonio; pero, convencido de que para ello será necesario aumentar la guarnición de la plaza y entrar en gastos que la hacienda real no podía satisfacer, se limitó por entonces a ordenar las reparaciones más premiosas de los castillos existentes.



Tampoco fué otra la táctica de uno de los sucesores de don Ambrosio O'Higgins, en el Gobierno de Chile, luego de ser promovido O'Higgins al virreinato del Perú. Nos referimos a don Gabriel de Avilés y del Fierro, marqués de Avilés, que se hizo cargo del Gobierno en 1796. Muy luego, por desgracia, llegaba también la noticia de la declaración de guerra a la Gran Bretaña, hecha por la España. Avilés puede decirse que inició su gobierno con la publicación de un bando sobre este asunto.

El empeño del nuevo Gobernador se contrajo a guarnecer del mejor modo posible la costa, para ponerla en estado de rechazar un desembarco del enemigo. Y una de sus primeras atenciones fué precisamente el puerto de Valparaíso, el más importante de todo el Reino, por su movimiento comercial. El Gobernador envió aquí el batallón de pardos de la capital, compuestos de negros o mulatos, casi todos artesanos. Pero quiso, también, hacer serias modificaciones en las fortalezas de Valparaíso, que en el estado en que se hallaban, le parecieron del todo insuficiente.

"Este puerto - dice Avilés - tiene para su defensa, cuatro castillos: dos al frente de su boca, que son los de San José y de la Concepción, de construcción bien irregular; y en la boca del puerto están los dos restantes, uno modernamente edificado por mi antecesor, con el nombre de fuerte del Barón (al norte), y otro en la parte opuesta que llaman de San Antonio, que en realidad es una mera batería, que, por estrecha y situada al pie de un monte de piedra, se hace sumamente incómoda para su defensa, si fuera atacada por los enemigos. Con el deseo de evitar en tal caso, la destrucción de la guarnición por las chispas que saltan de las peñas de su espalda y proporcionar al mismo tiempo, algún mayor resguardo y seguridad a los navíos surtos en el puerto, y con el objeto de adelantar esta batería a fin de que cruzara mejor sus fuegos con los de la fortaleza del Barón, pensaba yo hacer un muelle que estribando en lo que hoy ocupa la batería de San Antonio, se prolongase hacia la boca del puerto, y por su parte interior facilitase a los botes comodidades para desembarco y descargo de efectos que en tiempo de nortes es casi imposible".

La ejecución de este proyecto que habría impuesto una serie de gastos que el tesoro de Chile no podía satisfacer, fué considerada imposible por los ingenieros llamados a dar su dictamen. Servía entonces en Valparaíso con el cargo de ingeniero militar el teniente coronel don Francisco García Carrasco, que fué gobernador de Chile en las vísperas de la revolución de la independencia. Su parecer importaba una considerable modificación del proyecto de Avilés. "Remitióme - dice este mismo - el plano, pero no proyectado donde yo quería, sino en otro paraje enfrente de la plaza de la ciudad, sobre unas peñas que llaman de Doña Esperanza, donde, según mi concepto, sólo serviría para desembarco y no para resguardar de los vientos a los buques anclados en el puerto, lo que pensaba yo lograr en el paraje indicando."

¡Ya desde antes de la República no había medio de ponernos de acuerdo sobre la naturaleza de las obras marítimas en Valparaíso, de manera que estas respondieran a lo que se necesitaba de preferencia y ante toda otra consideración!

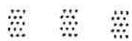
En suma, el marqués de Avilés, vistas las dificultades que se le presentaban, tuvo que limitarse a ejecutar algunas reparaciones en las baterías, quitando las plataformas o explanadas de madera en que descansaban los cañones y que se hallaban en mal estado, y reemplazándolas por otras de piedra. Todo esto demostraba la imposibilidad en que se habría hallado el Gobernador de Chile para rechazar aquí un ataque marítimo regularmente organizado.



Cuando a poco de producido el cambio substancial del 18 de Septiembre de 1810, llegó a Valparaíso la brillante personalidad de don Juan Mackenna, encargado del gobierno militar de la plaza, el nuevo jefe no ocultó, como conocedor que era, en su carácter de capitán de ingenieros, la inutilidad de una fortaleza como la de San José, que examinó técnicamente. Pero las cosas siguieron en idéntico estado, absorbido el gobierno por preocupaciones tan numerosas y complejas.

Después de la batalla de Chacabuco, el castillo de San José no dejó de tener una actuación de importancia, como prisión militar. el 16 de Febrero de 1817, don Francisco Ramírez, propietario de la hacienda de Las Tablas, acompañado del capitán don Francisco Aldao, apresaba en una de las quebradas de esa hacienda a un grupo de fugitivos de la batalla, entre los cuales hallábase nada menos que el mariscal de campo y hasta cuatro días antes - Gobernador de Chile, don Francisco Casimiro Marcó del Pont. La rapidez con que fueron tomadas las disposiciones, y sobre todo, la presencia de tropa perfectamente armada y de una numerosa comitiva de campesinos montados en buenos caballos, hacía imposible toda resistencia y toda tentativa de evasión. Los fugitivos se dieron presos; pero parecían obstinados en ocultar sus nombres, hasta que, adelantándose uno de ellos, descubrió que era el teniente coronel de artillería don Fernando Cacho, y fué designando a sus compañeros, el ex mandatario Marcó del Pont; el fiscal doctor don Prudencio Lazcano, el inspector de Ejército don Ramón González Bermedo y dos o tres ayudantes de rango subalterno.

Todos ellos entregaron sus armas, pero Marcó quiso reclamar en atención a su rango y en cumplimiento de las prácticas de la guerra, se le permitiese conservar su espada, para presentarla a un jefe de graduación análoga a la suya. Ramírez y Aldao accedieron generosamente a esta petición del desventurado presidente. Y el mismo día 16 de Febrero fueron conducidos todos los prisioneros a Valparaíso y puestos en el Castillo de San José, con las consideraciones que correspondían a su rango.



Seis días estuvieron los prisioneros en el Castillo de San José, hasta que fueron llevados a Santiago por disposición del general San Martín, quien hizo marchar a Marcó del Pont para Mendoza con algunos de sus compañeros de desgracia. Este último episodio cierra el período de la reconquista española.

No volvió el Castillo de San José a tener ninguna otra función digna de recordarse, hasta que a mediados de 1824 y estando todo como en ruina, el Director Supremo don Ramón Freire, dictó el decreto que reproducimos al principio para los efectos del remate verificado el 19 de Enero de 1825. Así nació el populoso barrio del Cerro Cordillera. Muchos sitios no se vendieron, sino que se arrendaron, por lo cual, meses más tarde, dictóse la siguiente disposición referente al pago de los arrendamientos:

"Santiago, Julio 6 de 1825. - El Gobierno decreta lo siguiente:

Los arrendamientos del antiguo Castillo de San José, como propiedad